Calidad de vida

Seba Tejeda

Nunca creí que vivir en calle Holanda con Alejandro Valdés iba a ser tan parecido como vivir en Holanda con pasaporte. Nunca he vivido en Holanda, ni en Europa, pero Camila sí, tuvo que migrar hace unos años, así que tiene experiencia de sobra para hacer este chiste común que hacen los vecinos que viven en la calle Holanda. Estos barrios son muy parecidos a los de La Haya, sin los canales y sin tanta gente rubia, me dijo la primera vez que vinimos a ver el departamento. Ese día conocimos a Guillermina, la dueña septuagenaria de esta luminosa vivienda. Una señora elegante, de un fino pero distante trato, que con solo una mirada evaluadora te hacía recordar tu quintil. Su calidad de vida aumentará, sin duda, nos comentó, después de decirle que vivíamos en Maipú.

De esa visita ya había pasado un mes, y la mudanza se nos vino encima como un vendaval. Cuatro grandes y caribeños muchachos, ávidos de movilizar nuestros enseres, lideraron el ajetreado cambio de casa. Enfrentar una mudanza es de las cosas más estresantes de la vida, me decía Camila, mientras bajábamos cajas y muebles. Yo creo que es más estresante enfrentar una separación, imagínate con hijos incluso, o ambas combinadas, tener que separarte y cambiar de casa, terrible debe ser eso, agregué a nuestra conversación que aliviaba el peso de las cajas.

El ascensor dejó de funcionar justo esa mañana, así nos despidió el departamento de Maipú. La mudanza se hizo a pulso, y cuatro pisos de escalera fueron testigos de nuestro ir y venir, en un bucle de tres horas y media de bajar cajas, libros, ropa, muebles, sueños, cajas, gatos, miedos y, principalmente, cajas. Para luego volverlas a subir otros cuatro pisos en el departamento que nos arrendó Guillermina.

Una vez en el nuevo pero viejo hogar, la mudanza empezaba a menguar, el desastre ya desaparecía a medida que pasaban las horas, y la calma ya se manifestaba dispuesta a tocar el timbre, para entrar con entusiasmo por la puerta. Estoy exhausto, me quejé mientras miraba a Camila a los ojos, dejé la última caja desparramada junto con las otras. Ella se dio vuelta y me

miró por encima del hombro, como juzgando mi descanso de dos minutos. Mientras, ellas, las cajas, que una al lado de la otra y llenas de nuestras cosas adquirieron sentido. Pensé que pocas cosas tienen menos sentido que una caja vacía. Las cajas sólo adquieren significado si tienen algo adentro, si no, son solo cartón doblado. El único ser vivo capaz de transformar la sustancia de esta realidad es el gato, que le entrega vida a una caja vacía. Dentro de ella, le da utilidad, para esconderse o jugar, deja de ser simple cartón, para volverse caja, eso hace el gato.

Podrías colgar los cuadros, interrumpió abruptamente mis pensamientos Camila, mientras dejaba en el suelo nuestra monstera favorita, junto con el resto de las plantas. Ha crecido mucho, pensé. Cuando comenzamos a vivir juntos, hace dos años casi, la planta cabía en un macetero pequeño, y el macetero cabía en mi mano, y mi mano cabía en las de Camila. La planta ha crecido junto con nosotros, está incluso más verde que antes, o eso quiero creer. Está así de verde y grande por sus cuidados, es muy buena cuidando las plantas, porque está siempre atenta a los detalles y los cambios del entorno, eso permite que ante cualquier cambio brusco de alguna de ellas, Camila pueda ir en su ayuda.

Está muy linda esa planta, y las otras. Fue buena idea que solo tú las cuidaras, le dije mientras apoyaba mi espalda contra la pared y la deslizaba hasta el suelo, dejándome caer con violencia sobre el viejo, pero elegante piso de parquet. Vi la ofuscación en su rostro. Siempre te he dicho cómo debes cuidarlas, es cosa de voluntad nomás, oye debemos pegar los cuadros en la pared, finalizó, yéndose a otra habitación a ordenar.

Me percaté que no podíamos utilizar el taladro. La señora Guillermina nos advirtió que los hoyos en la pared estaban tajantemente prohibidos. Pensé en las cláusulas estúpidas que nos había impuesto, incluida la de no tener mascotas. Si mi gato supiera leer, estaría muy ofendido, pero está ocupado jugando dentro de una de las cajas vacías. Ayun es un gato muy poco tímido, y

agradezco que así sea, se adapta más rápido a los lugares, y por lo que veo, la adaptación a este departamento no será la excepción.

El edificio es antiguo y sus habitantes también. El promedio de edad de los residentes debe bordear los 70 años, y gran parte son mujeres, señoras, una comunidad entera de ellas, la gente joven parece haber huido despavorida del edificio.

Espero que ninguna vecina amiga de Guillermina, le cuente que tenemos un gato. Porque son muy chismosas, la mitad de ellas salieron a barrer los pasillos del departamento cuando llegamos. La otra mitad, nos recibió en la entrada mientras regaban los jardines. Estas señoras, amas y dueñas de los grupos de Whatsapp del edificio, panópticas del Sosafe, mantienen este lugar a punta de funas en el grupo del edificio. Saludé amablemente a cada una de ellas, les sonreí y les dije, también a cada una, que esperaba sus invitaciones a tomar once.

Me quedé pensando que sí o sí sapeaban gente durante la dictadura, porque mis queridas vecinas conocen bien su rol, que es importantísimo, el de mantener alejado de este lindo barrio a comunistas, homosexuales, y flaites. Hasta ahora entre Camila y yo, cumplimos al menos cuatro de esas tres características. No, no es que seamos comunistas, pero a sus ojos sí o sí somos flaites, y entre comunista y flaite no creo que exista mucha diferencia para ellas. Además sí, en este hogar hay diversidad, cuota que es ocupada por Camila, que es bisexual.

Me lo dijo desde el primer momento en que nos conocimos, en nuestra primera cita, en el primer sorbo de cerveza, me la soltó sin tapujos. Lo que agradezco, su sinceridad, no que sea bisexual, eso me da lo mismo, o sea no me da lo mismo, pero no la culpo, o sea, no es que ella sea culpable de algo por ser bisexual… bueno, ustedes me entienden.

Calidad de vida

Seba Tejeda

En ese primer sorbo de cerveza me habló de sus preferencias ambidiestras, y yo lo encontré de lo más normal para los tiempos que corrían. Proyecté las posibilidades de que ese fútil encuentro desembocara en una relación, en la cual podría verme bendecido por el alto cielo, y que ocurriese un trío con otra mujer. Ese instante, donde imaginé esta posibilidad, fue el momento más cercano en el que hemos estado de concretar un trío, o cuando hemos jugado carioca.

Nos conocimos por Tinder. Mucho se puede decir de esta aplicación, claramente es lo más cercano a ir a un supermercado, donde puedes seleccionar lo más apetecible para satisfacer tus gustos más básicos e inmediatos. O al menos así funciona para las mujeres. He visto a mi amigo Diego, un macho de los de antes, esos que el progresismo ha puesto en peligro de extinción, gastarse todos los likes del Tinder en menos de un minuto, apretando una y otra vez la pantalla del like, con una cadencia, rigurosidad y furia que acaba finalmente, en un match extático, que él esperaba ávido. Bauman estaría espantado

Chutea con las dos piernas me dijo él, cuando le hablé de la bisexualidad de Camila por primera vez. Doble preocupación, hay el doble de probabilidades de que te cague, agregó, instalando en mí una inseguridad que hasta ese momento, todavía estaba sumergida en lo más profundo del subconsciente.

Con el tiempo esas inseguridades se han disipado. Hasta cierto punto es entretenido tener una polola que chutee con las dos piernas. Podemos hablar de otras mujeres, encontrarlas atractivas juntos. Pero lo más entretenido es la esperanza, porque descansa la remota posibilidad de que en algún momento de iluminación celestial, acceda a un trío, siendo yo entre ellas el favorecido. Una posibilidad con muy poco porcentaje de materialización. Pero no importa, de fantasías sexuales imposibles vive el hombre hetero-cis.

Bueno, ella aporta la cuota de diversidad a esta casa. Yo más bien soy de la minoría de los heterosexuales, hasta el momento. Eso sí, la gente suele encontrarme afeminado, sobre todo los hombres que irradian testosterona. Lo llamativo es que Camila también me encuentra afeminado. Estar contigo es lo más cercano a estar con una lesbiana, pero con pico, me dijo una vez después del sexo. Lo más llamativo todavía, es que me dijo lo mismo una vez que terminé de lavar los platos.

Vuelvo mi mirada a los cuadros que tenemos en el piso; la portada de Clics modernos de Charly García; una foto de Cortázar con un gato; y pinturas que ha hecho Camila: el Glaciar Grey; la Laguna Sofía que queda en Natales; hojas de suculentas en un fondo blanco; un Ayún en un campo de flores rojas, amarillas, rosadas y naranjas, en un fondo azul.

La vi venir hacia mí, esta vez con algo en las manos. Somos la generación de los cuadros en el piso, le digo. ¿Qué? me pregunta con tono de burla. Somos la generación de los cuadros en el piso, repito, no podemos darnos el lujo de colgarlos, porque somos simples arrendatarios ¿hacerle hoyos a la pared? una idea lisérgica. Mientras no tengamos la plata para postular a un subsidio o que un banco nos preste la plata para un crédito. Ambas situaciones son muy difíciles de lograr, estamos destinados a mantener nuestros cuadros en el piso, agregué. ¿Es otra de tus reflexiones sociológicas baratas? mira, tenemos cinta doble faz, pégalos, me dice con una sonrisa socarrona.

Calidad de vida

Seba Tejeda

Ya han pasado dos meses desde el cambio de departamento. El Costanera ahora queda más cerca, me puedo ir en bici al trabajo y al metro se puede llegar caminando. Y sí, hasta cierto punto la vida ha cambiado para mejor. Pasar de Maipú a Providencia fue un cambio grotesco, agresivo. Quizás hasta me volví más resentido de lo que ya era, porque lejos de estar más tranquilo, mi incomodidad es mayor. Y no, no es que sea abajista, es que creo que no merezco vivir en una comuna con esta calidad de vida.

En estos barrios los jardines y las aves abundan, pensé mientras veía a un zorzal que pasaba apurado a posarse en la copa de un plátano oriental, para anunciar el atardecer. De fondo, se escuchaba una rara, que no se dejaba ver, pero probablemente cantaba para mí. Me di cuenta que hace mucho tiempo no escuchaba cantos de aves. En Maipú sólo escuchábamos autos, choques, bocinazos, porque vivíamos pegados a una autopista. Pensé en Guillermina, y lo que nos dijo sobre la calidad de vida. Y me fui otra vez en un viaje interno, preguntándome qué es eso de la calidad de vida.

Me respondí que la calidad de vida es poder ir en bici al trabajo. No, más bien es estar cerca de los falocéntricos rascacielos. No, es estar cerca del metro. O es escuchar más aves y menos autos y bocinas. O más bien es disminuir las contradicciones. O quizás la calidad de vida es mucho más que esas cosas más tangibles, tiene que ver con la felicidad, la satisfacción y el bienestar. En realidad, no sé qué es. No sé qué será, ni cómo encontrarla. Probablemente sea un concepto diferenciador, que se agarra y se ancla a tu forma de vida, y te permite la diferenciación con aquellos que tienen poca o mucha calidad de vida. Es el narcisismo de las diferencias diría el Freud. Después pensé que quizás la calidad de vida está inversamente relacionada con la escritura, quizás la calidad de vida, un culo bien sentado, calentito, cómodo, horadará mi escritura, y eso que soy un escritor de muy bajo rendimiento. Porque son las contradicciones las

que te ayudan a escribir, te empujan, te tuercen, te incomodan, te duelen. La calidad de vida es un agasajo, un horizonte pleno lleno de oportunidades. Son pequeñas alhajas para contener a la clase media. Es la caridad de los ricos para los no tan ricos. ¿Calidad de vida o caridad de vida?

Desde un extremo de la ventana se podía ver a los profesores del Mariano de Schoenstatt vociferando y metiendo ruido, llevan un par de semanas en paro. Hay que avisarle a las vecinas pensé, los comunistas llegaron al barrio. Me di cuenta que mi cara se sintió incómoda después de mover los músculos de mi boca y mejillas, estaba sonriendo, perdí la cuenta cuándo fue la última vez que lo hice. Hoy, mi mano vacía, recorre solitaria la mitad de los muebles del departamento. Camila se llevó la otra mitad de los muebles que fuimos adquiriendo, la otra mitad de mi corazón, de mis sueños y de mi sueldo, porque mantener este departamento es carísimo para el bolsillo y para el corazón.

Se fue hace unos días, o hace unas semanas, después de decirme que el amor no es para siempre, y que había aprendido a gestionar sus emociones, como si estas fueran propiedad del relacionamiento público, o cosas que se pueden ordenar en un excel para un proyecto. Me dijo que aprendió a gestionar sus emociones y que, al hacerlo, se dio cuenta que no era bueno para ella vivir conmigo, y menos ser mi pareja. Dijo otras cosas que no oí, o no escuché, sentía el sonido que emitía su boca, la veía mover sus rojos labios, pero nada de lo que me decía tenía sentido. Hoy, gestionar las emociones es el relato de nuestra época. El rendimiento y la gestión son variables del amor, y los hombres estamos impávidos, vamos atrasados y lo sabemos, pero mejor prendemos el Play y lo negamos.

En el piso la monstera favorita me observa con pesar, sus hojas cabizbajas quieren soltarse de las ramas, lo más pronto posible. Si supiera de colores, diría precisamente el color que adquirió, pero ya no tiene ese verde vivo que tanto nos gustaba.

Calidad de vida

Seba Tejeda

De fondo, en la tele, Israel e Irán combaten intensamente, otra vez el desastre nuclear como miedo generacional.
Al otro extremo de la ventana, se veía la cordillera, que dejaba que el atardecer se posara sobre ella, y la poseyó. El sol derramó su intensidad, fecundó nieve roja de la cordillera, y destellos del mismo color proliferaron, viajando kilómetros hasta aquí, para colorear e iluminar el bonito departamento de Alejandro Valdés con calle Holanda.

Pegué finalmente el último cuadro que quedaba, la portada de Clics modernos de Charly García, dos grandes hoyos hice en una de las paredes pintadas por el rojo intenso del atardecer. Me acosté en el piso, Ayun se acostó sobre mí. Miré el bigotito de Charly y pensé que la calidad de vida no la vas a encontrar en Providencia, pero sin duda no la vas a encontrar en Maipú.